

21.º domingo ordinario A



Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? (Mt 16,15)

Primera lectura

Isaías 22,19-23

Así dice el Señor a Sobna, mayordomo de palacio: – Te echaré de tu puesto, te destituiré de tu cargo. Aquel día llamaré a mi siervo, a Eliacín, hijo de Elcías: le vestiré tu túnica, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes; será padre para los habitantes de Jerusalén, para el pueblo de Judá. Colgaré de su hombro la llave del palacio de David: lo que él abra nadie lo cerrará, lo que él cierre nadie lo abrirá. Lo hincaré como un clavo en sitio firme, dará un trono glorioso a la casa paterna.

Segunda lectura

Romanos 11,33-36

¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le ha dado primero para que él le devuelva? El es origen, guía y meta del universo. A él la gloria por los siglos. Amén.

Evangelio

Mateo 16,13-20

En aquel tiempo llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo y preguntaba a sus discípulos: – ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Ellos contestaron: – Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas.

El les preguntó: – Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo: – Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió: – ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo. Y les mandó a los discípulos que no dijeren a nadie que él era el Mesías.

Meditación

El relativo éxito que había tenido Jesús en Galilea hizo reavivar las esperanzas. ¿Quién era? Lo normal era que se pensase en alguna de las figuras extraordinarias que, según la tradición o leyenda judías, debían volver antes de hacer su aparición el Mesías. El Bautista, con su atuendo y predicación penitencial, con sus exigencias de conversión había causado profunda impresión en el pueblo. Jesús podía ser como la reencarnación del Bautista.

Podría ser también Elías, Jeremías o cualquiera de los profetas. Esta era la opinión de la época. Hasta este nivel, de reconocer en Jesús a un profeta, una personalidad extraordinaria, no es difícil llegar. En la valoración de la persona de Jesús hecha a través y a lo largo de la historia todos, prácticamente, han llegado a reconocerlo en este nivel.

¿Vuestra opinión? Pedro personifica la confesión cristiana de la fe; el Mesías, el Hijo de Dios. Pero esta confesión cristiana "no procede de la carne ni de la sangre", es decir, no es posible llegar a ella a través de la lógica y raciocinio humanos. Se hace posible únicamente gracias a la revelación del Padre.

Pedro, que ha personificado esta confesión cristiana de la fe, se convierte a continuación en protagonista de una promesa formal de Jesús: será la roca sobre la que Jesús edifique su iglesia. A Pedro, y a sus sucesores, se le concede una misión única en la Iglesia. Al presentarla bajo la imagen de un edificio o una construcción, es lógico de hablar de cimiento o fundamento. La construcción se edifica partiendo de los cimientos. El fundamento invisible es el Cristo resucitado, el visible es la catedral de Pedro.

¿Y quién decimos nosotros que es Jesús? ¿En quién creemos cuando confesamos la fe en Jesús? ¿Qué es lo que queremos afirmar cuando decimos creer en Jesucristo? Estas preguntas se las debe hacer todo cristiano. Hoy más que nunca. Es la única manera de purificar la fe y de poder dar testimonio de ella. Como nos cuesta interrogarnos, el mismo Jesús se encarga de hacerlo: ¿Quién decís que soy yo?